

XIII CENTENARIO
DE LA
UNIDAD CATÓLICA EN ESPAÑA

DISCURSOS

del Excmo. Sr.

MARQUÉS DE CERRALBO

PRESIDENTE DE LA JUNTA CENTRAL

Y DEL

CÍRCULO TRADICIONALISTA DE MADRID

EN

LAS SOLEMNES VELADAS

del 30 de Mayo y 10 de Junio



MADRID
PINTO, IMPRESOR, BOLA. 8

1889

DISCURSO

DEL

Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo

XIII CENTENARIO
DE LA
UNIDAD CATÓLICA EN ESPAÑA

DISCURSO

del Excmo. Sr.

MARQUÉS DE CERRALBO

PRESIDENTE DE LA JUNTA CENTRAL

EN LA SOLEMNE VELADA

DEL

CÍRCULO TRADICIONALISTA DE MADRID

la noche del 30 de Mayo



MADRID
PINTO, IMPRESOR, BOLA, S

1889



Señores:



ÓLO el cumplimiento imprescindible de mi deber háceme dirigiros la palabra en ocasion tan solemne, en festividad tan admirable, y sobre asunto tan grandioso.

Cúpome, por circunstancias ajenas á mi escaso mérito, y si ninguna conquistada por mi iniciativa, tampoco pretendidas por mi voluntad, sino debidas á la bondad y confianza de nuestro Augusto Jefe, que la presidencia de la Junta Central del Centenario honrase mi modesta persona; y, constantes vosotros en distinguirme, me elevásteis por segunda vez á este sitio, á esta altura, para que, alzándome hasta la vuestra, contemple el gran valer de la comunión tradicionalista, y, aplaudiendo su historia, reconozca sus

cualidades y me incline ante sus virtudes; y vosotros sois parte nobilísima de tan grandiosa comunión, que es el sol de España, el astro de la verdad, y el arco iris de la patria; aquella divina arcada que Dios pinta con tan varios y ricos colores en el cielo, como perenne y sonriente puerta de la esperanza.

Muchos son los escritores distinguidos que, alardeando de su talento, inspirando su imaginación y reflejando el profundo estudio y las más variadas erudiciones, han presentado al certamen abierto por este Círculo notabilísimos trabajos y levantadas poesías, todos describiendo, todos cantando el incomparable beneficio, la asombrosa grandeza, la imprescindible necesidad de la unidad católica en España y el ansioso é inagotable anhelo con que luchamos por su restauración. Y si como el maravilloso lenguaje de Cervantes, Solís y Fray Luis de Granada, el rutilante estro de Calderón, de Herrera y de Zorrilla, los divinos cantares de San Juan de la Cruz y Santa Teresa, no fueran voces, plumas y arpas suficientes á cantar asunto tan admirable, epopeya tan divina, y por ser la historia de toda la patria, aquí vinieron, y aquí forman magnífico y especialísimo coro los poetas de la Vasconia y de Valencia, las inspiraciones de Suevia y de Asturias, los trovadores de los Berengüeres y de las islas de Jaime I; aquí ha acudido toda España con sus antiguos lenguajes y sus antiguos ritmos, con sus antiguas cos-

tumbres y sus antiguas leyes, con su antigua historia y con su antigua fé; antigüedades que jamás envejecen, como el cielo y el mar; antigüedades que se avaloran con el tiempo, como las monedas de oro de Gordiano; antigüedades siempre modernas, porque se inician en Dios, y Dios no tiene edad, y se fundan en la virtud, y la virtud es la gloria de la eternidad.

Pues bien: indisculpable atrevimiento fuera el mio alzando mi modesta voz en ocasion y sobre asunto que han estidiado y cantan admirablemente todas las dulces lenguas de la pátria; pero lo exige mi deber, y yo, como vosotros, no he aprendido á negarme á ninguno legitimo.

Aqui nos reunimos esta noche en extraordinaria y solemne velada, conmemorando el hecho más grandioso; el centenario incomparable de nuestra incomparable historia.

Aquel glorioso dia, aquel divino dardo que hiriendo el noble corazon del dignísimo hermano de San Hermenegildo, aquella suprema luz del Espiritu Santo que, esclareciendo la piadosa inteligencia del gran rey Recaredo, le descubrió la verdad absoluta con una luz y unos colores que disipan todas las nebulosidades de la duda, desatan todas las intrincadas madejas del sofisma, y humillando todas las controversias, destacan como herejes Apolinar, sosteniendo que Jesucristo no es más que Dios; Arrio, que no es sino hombre; Eutiques, que no tiene sino una sola naturaleza, y

Macedonio, que el Espíritu Santo no es divino; Pelagio, que la Gracia no es de necesidad; Donato y Lucila, que los Sacramentos dependen de la fé de quienes los administran; Lucifero, que al hereje no se le admita á penitencia; Prisciliano, el maridaje del gnosís y el maniqueismo; y Nestorio, que la Virgen María no es la Madre de Dios. Al presenciar el hijo de Leovigildo este espantoso desfile, recuerda el lecho de su padre agitado por la conciencia y redimido por la contrición; la sangre de San Hermenegildo le parece que forma un nuevo Jordan; á su lado hay un Apóstol que predica y convence, y sobre su corazón una santa esposa que ruega y cree; y entonces el gran Recaredo cae de rodillas, pronunciando aquel admirabilísimo Credo del Concilio I toledano, y la reina Badda llora de esperanza, consuelo y alegría, y San Leandro bendice, y en los brazos del rey hay una cruz que descubrió Santa Elena en Jerusalem, que Constantino grabó en sus pendones, Teodosio en sus monedas, los padres de Iliberis en nuestras primogénitas Actas conciliares, y desde aquel momento toda España en su corazón.

Acto grandioso é incomparable que fué germen de toda ventura, base y sosten de la pátria, causa de la Reconquista, carácter de nuestro pueblo, muralla de nuestras fronteras, arma de nuestros ejércitos, lazo de todos los españoles, norma de la conducta, redención del individuo, vida de

la familia, inspiracion de las leyes, corona de los soberanos y paz de las almas.

Por eso toda la España católica y monárquica vuelve con profunda veneracion los ojos á aquella fecha y á aquel acto de régia iniciativa; y se cuelgan todas las iglesias, y se engalanan todas las imágenes, y voltean todas las campanas, y los Prelados visten sus históricos pontificales y empuñan el báculo guiador, y los Sacerdotes cantan, y en torno se congregan los fieles, y en todas las bocas hay una oracion, en todos los corazones una esperanza; y Mayo cubre de flores los altares, y el sol de alegría los campos, y los rios de frutos las vegas, y no parece sino que estamos en los grandiosos tiempos de la tradicion, y el divino nombre de Dios, y el sacratísimo de la Virgen, y el amado del rey, resuenan desde Montserrat al Gorbea, desde San Juan de la Peña á Covadonga, desde Chelva á Guadalupe, y desde el Moncayo á Sierra Nevada. Toda la España católica y monárquica está en movimiento; no llevan hachas de hierro en las manos, sino hachas de cera; no cubren las sienes con el duro casco, sino que van descubiertas por humildes y cristianas; no tremolan banderas con escudos ni blasones, sino estandartes con cruces y vírgenes y mártires; no cantan himnos de ódios y guerras, sino aquella conmovedora salmodia, aquellos magníficos coros que fueron los primeros de la Iglesia inventados por San Gregorio el Magno; y todo es

paz y alegría en los romeros que corren y en los peregrinos que marchan, porque nadie baja los ojos á la tierra, sino que los sostienen fijos en el cielo, porque todos saben que á la noche sucede el dia, como á Neron y Daciano Constantino y Recaredo, y á Guadalete Granada, y á las prisiones Mámertinas las grandezas soberanas de Julio II. Y como hay fé en las almas, y seguridad en el carácter, y fortaleza en el brazo, y consuelo en la historia, no arredran á nuestro pueblo las Caticumbas, ni las tiranías juntas de Neron y Domiciano, de Trajano y Marco Aurelio, de Septimio Severo y Maximino, de Decio y Valeriano, de Aureliano y Domiciano, con sus diez crueles decretos de persecuciones que cierran la santa era de los mártires; aquellos horribles tormentos y cruentas matanzas que poblaron el cielo de Santos y el mundo de ángeles tutelares y sagrados patronos, que en nuestra España apenas queda aldea y ciudad alguna sin que la inocente sangre de los héroes conforte la fé en los creyentes y la afirmen en los catecúmenos; y así fueron triunfo de la Iglesia, estrellas de la pátria, y bien, esperanza y gloria de Valencia, San Vicente; de Huesca, San Lorenzo; de Barcelona, Santa Olalla; de Avila, Santos Vicente, Sabina y Cristeta; de Córdoba, San Segundo; de Mérida, Santa Eulalia; de Alcalá de Henares, Santos Justo y Pastor; de Toledo, Santa Leocadia; de Sevilla, Santas Justa y Rufina; de Zaragoza, Santa Engracia, y aquella

colosal legion que alcanzaron á número sin medida.

Admirable y consolador espectáculo de un pueblo creyente está dando el español, que, en pos de sus sábios y virtuosísimos Prelados, y organizado por nuestras innumerables Juntas, y cumpliendo los deseos y las órdenes de nuestro Augusto Jefe el señor Duque de Madrid, pueblan las iglesias, visitan los santuarios y llenan las catedrales, todos rogando, todos pidiendo por el necesario, el imprescindible restablecimiento de la unidad católica, para que España sea España; para que la verdad no viva al lado del error; para que el malvado no engañe al sencillo, el profesor no envenene la ciencia, ni el escritor el libro, ni afrenten nuestras calles las fachadas de templos y escuelas herejes; para que nuestros pueblos descansen tranquilos, sabiendo que sus casas se agrupan en torno de las torres de nuestras iglesias, como santa égida que contra las tempestades de la vida y del mundo, alzan los seguros para-rayos del hierro de sus cruces; para que nuestras leyes se inspiren en la justicia, nuestras costumbres en la virtud, nuestros reyes en la historia y la sociedad en el Evangelio.

Acto incomparable conmemoramos, tan grande como nuestra patria, pero como aquella patria que defendemos, y que casi abarcaba el mundo; yo soy poco afecto á los centenarios, porque parecen ser nueva maquinacion anticatólica, evolu-

ciones paganas de aquellas que alzaban los héroes á las aras, y así suplantando las fiestas cristianas de nuestros santos patronos por recuerdos y actos humanos que no se remontan del finito horizonte de la vida; no, nosotros somos tradicionalistas, y no queremos en nuestros altares otro culto que el de la Religión católica; y hoy se tiende á aquella enormidad de Alejandro Severo, que tenia entre sus dioses lares á Jesucristo con Abraham y Orfeo.

Pero este centenario es único, porque él nos representa toda nuestra brillante historia y toda la felicidad del cuerpo y del alma; porque se refiere á la trasformacion social por el Catolicismo, que al individuo concede personalidad particular, que le hace dueño de su albedrío, descubriéndole un fin sobrehumano, que es el primero de todo hombre; y esta conciencia de todos los actos y su juicio eterno, perfecciona al individuo y afirma la dignidad personal y origina los arranques de la nobleza, de la conformidad y la independéncia. La unidad católica es la mejor definicion de la pátria perfecta, y es muralla más segura que todas las humanas; recordad cuán poco le valieron al imperio romano aquellos enormes muros empezados por Augusto y terminados por Probo, con que soñaban defender el imperio contra los germanos, desde el Rhin al Danubio, desde Maguncia á Neubourg, y que tan fácilmente arrollaron los bárbaros en el siglo V; mientras la fé garantizó

nuestra española independencia contra árabes y franceses más que las peñas de los Pirineos y la procelosidad de los mares.

Porque el acto de Recaredo constituyó oficialmente la familia, según el Evangelio, sacando de su grosera condición á la mujer, y reconociéndola un fin y una personalidad como al hombre; trocó su destino de placer por el santo magisterio de la madre; arrancó de su mano la copa de la meretricia para entregarla un niño al que llamase hijo, para enseñarle á caminar al cielo; fué ley la monogamia, que ha salvado á la sociedad con su corona de sacramento y su condición de indisoluble. ¿Y cómo no dignificar á la mujer los reyes visigodos, cuando las debían preciadas glorias, como Amalrico á su mujer Clotildis el autorizar el II Concilio de Toledo; Atanagildo á Gosiunda, el establecer su corte en Tolaitola; San Hermenegildo á Ingunda, su fé y su corona de mártir, y Recaredo á Badda, su conversión y su grandeza?

Reconocida la igualdad de los dos sexos, que luego proclamó Chindasvinto; abolida la esclavitud; dignificado el hombre; casi redimido el siervo, y llamando á todos hermanos, desterró aquellas bárbaras escenas y salvajes placeres del Circo y la Naumaquia, ya prohibidas en Occidente por Teodosio y en Oriente por Anastasio; es decir, que todas aquellas verdades y maravillas de Cristo se implantaron en las leyes, y sobre ellas se constituyó la sociedad.

Y hubo descontentos y rebeldes; y protestaron de un acto tan salvador, de un Estado tan justo y de un rey tan admirable el interés personal, y la ambicion mezquina, y el espíritu de discordia, y en ellos se encarnaron y allí fueron Sunna y Ubi-a y Segga; pero, como todas las injusticias contra el cielo, no podian prevalecer, y sólo quedaron aquellos enemigos permanentes de la pátria y la Religion, los judíos, que cegados con la divina sangre en el Gólgota y aferrados tanto á su error como á su infamia, continuaron viviendo entre nosotros á pesar de la persecucion que se decretó contra ellos desde el Concilio III de Toledo, en su cánón 14, hasta el 8.º del XVII y último de los toledanos; persecuciones continuadas con mayor empeño por Alfonso VI, y sobre todo por Enrique II y Juan I, hasta que los Reyes Católicos merecieron este incomparable título de la Santidad de Alejandro VI por la santa institucion de la Inquisicion, que ha salvado á España, y por haber expulsado á los judíos, estableciendo más perfecta unidad católica, que realizó por completo Felipe III con la católica y política expulsion de los moriscos.

Expulsiones justas y políticas, actos grandiosos de reyes que no atienden á la riqueza como primer impulso, sino á la fé; judíos fueron los que abrieron á los árabes las puertas de la pátria; sólo á judíos halló Taric en Toledo; los judíos sacrificaron bárbaramente á Santo Dominguito del Val

y al llamado Niño de la Guardia, y los judíos eran un peligro y una afrenta á la historia, á las cualidades nacionales y á la creencia.

Constituido el Estado por Recaredo sobre nuevas bases; fundidas las razas por la permission de casamiento entre ellas, que luego Recesvinto hizo ley; originada la legislacion por Eurico, mejorada en el Breviario de Anniano, y catolizada por Recaredo para quedar despues como admirable Código en el monumental Fuero Juzgo; consolidadas definitivamente las conquistas de Leovigildo que nos hermanaron á los suevos, vascones y romanos; fijada la córte visigoda en Toledo, que habia ido avanzando segun la conquista, y establecieron Ataulfo en Narbona, Walia en Tolosa, Eurico en Arlés, Theudis en Barcelona, Amalarico en Sevilla y Atanagildo en Toledo; ornada la majestad real con espléndidos atributos y ropajes, que Heliogábalo inició vistiéndose de sedas con bordados y fibulas de joyas, y Aureliano coronándose con diadema, y Leovigildo con corona imperial bizantina, segun se representa en la moneda curiosísima suya acuñada en Mérida; atributo imperial que sin duda le inspiraron su trato y relacion con los imperiales que trajo á España Atanagildo, y circunstancias que explican el título de Flavio que adoptó el mismo Recaredo.

Se robustece el poder real por los Concilios, y se intenta la garantía del soberano y la sucesión hereditaria encubierta por la asociacion al trono,

proclamándolas terminantemente desde Sisenando en el Concilio IV de Toledo; se acuña moneda, que es símbolo de autoridad, soberanía é independencia, desde Liuva I y Leovigildo; y aunque durante el imperio visigodo no se fabrica en tan grande esca a como antes del decreto de Calígula prohibiéndola; aunque no lleguen como entonces á más de ciento las ciudades de España que las batian, es ya seguro que pasaron de treinta.

El lenguaje se confunde un tanto, y la *u* latina se convierte en la *o* goda, que españoliza muchas voces y nombres de ciudades consignadas en las inscripciones de las monedas, como Córdoba, César Agosta, Barcinona y Tarracona, é infinitas más.

La escritura toma nuevo carácter con el de la letra ulfilana, ó del Obispo Ulfilas, que primero tradujo la Biblia á lengua gótica.

Las costumbres se moderan y se suavizan con el piadoso ejemplo del Rey, y las predicaciones de aquellos tres santos Apóstoles, Leandro, Eugenio é Isidoro, y la energía de Maussona; los anacoretas abandonan las soledades de las montañas y las aisladoras malezas de los bosques, á las que yo creo habian acudido, no sólo huyendo del mundo, sino para encontrar y convertir á las razas invasoras y bárbaras que no paraban en las ciudades, ni tenían otra pátria que sus carros de marcha y de guerra, que talaban los campos llevando la devastacion delante de sus picas, y el

esquilmo detrás de sus ganados; que hicieron ciudad de cualquier llanura, alcázar de cualquier peña, templo de cualquier valle, y Dios de su espada clavada en tierra, en esta tierra de nuestros amores; y así caminaban y vivían las tribus asoladoras; y así se comprende cómo sin detener su marcha llegó Genserico al Estrecho, y hallando el mar al frente, á él se lanzó con sus 80.000 vándalos, mujeres é hijos, y el bagaje de sus rapiñas y el tesoro de sus ganados; y cómo eran tribus peregrinas, sin más ley que su espada ni otra patria que el suelo de sus rediles, pasó á Africa, donde fundó su gran imperio.

Y estos anacoretas, ya acostumbrados á la vida comun desde 410 con San Honorato en la isla de Lerins, desde 528 con San Benito, y cumpliendo las disposiciones del Concilio I toledano, al ver que los campos quedaban más libres de herejes y los dominadores se fijan en las ciudades, á ellas acuden cumpliendo su santo apostolado del ejemplo y la predicacion; y se fundan aquellos magníficos monasterios, como el Cútedarense, el de Balbonera, el de Sisle, el Visuniense, el de Compluto, el de San Pedro de Cardena, el Agaliense en Toledo, el Servitano en Játiva, el Sepulcro en Valencia, el de San Martin cerca de Sagunto, el Rufianense en el Bierzo, el de Puelas en Barcelona, el de las inmediaciones de Ecija, á donde se retiró Santa Florentina, la hermana de San Leandro, y tantos otros de una arquitectura especial

que varia extraordinariamente de la romana en el arco, en la supresion del entablamiento, en la multiplicad de las naves, como en las techumbres de maderas, con excepcion de los ábsides.

Y estos monjes, como despues y como siempre, guardaron en sus cenobios la virtud y la ciencia, la inspiracion y la iniciativa; y desaparecieron, y sus conventos fueron destruidos, más que por los árabes y el tiempo, por otra asoladora y bárbara invasion, peor que la de los visigodos de Teodorico, y los bereberes de Muza, y los omeyas de Almanzor, esa destructora marcha de una falsa libertad, de una falsa civilizacion, que empezó quemando las bibliotecas de nuestros monasterios, derribando las maravillas de nuestra arquitectura, rasgando los lienzos de nuestros pintores, mutilando las estátuas de nuestros artistas, y haciendo de los monjes mártires, de las abadías desiertos, de los edificios ruinas, de los montes páramos, y de la pátria un ensañado campo de batalla, en el que aún ni han callado las cornetas, ni se ha extinguido para siempre, y como en Calatañazor, el eco de los atambores.

Falsa libertad, falsa tolerancia que recuerda la del artero edicto de Juliano el Apóstata; pero la Iglesia, y los Monjes y los fieles están siempre dispuestos al sacrificio y al servicio de Dios; y en los pocos años que median desde la vergonzante autorizacion concedida á las Ordenes religiosas en España, parece que el génio de la desolacion

huye de los arruinados monasterios; y como á las evocaciones del génio de la Fé, la Esperanza y la Caridad se conmueven y van levantándose sus sagradas ruinas, y se limpian las malezas de los verjeles, se arrancan las hiedras de los fustes, se afirma la bóveda desformada, y en el arco la clave mal segura, se consagran las basílicas y vuelven los órganos en el coro, las voces en el presbiterio y la Cruz en el ábside.

¡Oh si los locos y malvados de nuestras revoluciones alzasen sus cabezas! Soberana lección para los hombres y los Gobiernos demoleedores presentes.

La Iglesia no puede destruirse, y los conventos, si como dice Balmes, no la son indispensables, son valiosísimo apoyo, poderosa razón, gloria y ornato de la Iglesia, porque ésta es la absoluta verdad, y la virtud su más sublime homenaje, y éste heroicamente se rinde en la pobre celda, en el austero refectorio y en el claustro poético, que la poesía es el lenguaje de la belleza, y la suprema belleza es Dios.

Quiso la revolución destruir por completo al mundo antiguo, que nacia y descansaba en los brazos de la Cruz; pero la Iglesia no puede perecer, y por ella renacerán todas aquellas épocas, aquellas sociedades y aquellas leyes que la seguían y la representaban en el mundo civil; pudo la revolución rayar de sus Códigos las antiguas leyes; pero como viven en el corazón de los espa-

ñoles, se borrarán en los libros, pero no del de la historia, y por consiguiente, ni de nuestro recuerdo, ni de nuestra aspiración; lo que sucedía en contrario con las leyes romanas, que por su equidad y su justicia merecieron el sobrenombre incomparable de Razon escrita; pero, como no encarnaban en aquella sociedad abyecta y corrompida, sus justas y asombrosas leyes eran como admirables discursos pronunciados ante pueblo extranjero, que ni entiende las voces, ni atiende á las actitudes; era como una campana que toca á *Angelus* en las inmediaciones de un serrallo.

¿Qué es un convento? Pues es el Evangelio en acción; es el sínodo de la pureza, la verdad, la ciencia y la justicia. ¿Qué son un fraile y una monja? Pues son los espíritus fuertes, la sublimidad del sér, el triunfo del alma sobre la carne; son un caminante que, rudamente cargado en sus espaldas con el colosal peso de los sentidos y las concupiscencias del mundo y de la vida, sube ruda montaña por áspero sendero, todo orillado de espinas y abrojos, con un suelo de guijos y pedernales, alejándose de una pradera en donde todo son galas de flores, música de aves, sombras de hojas, murmullos de arroyos, alfombras de césped, voces de amor y ruidos de placeres, y en medio, y sobre un magnífico pedestal, el becerro de oro y hombres que enloquecen y mujeres que sueñan; y en tanto, el viajero sigue su erizado camino con los oídos atentos á una música que

parece hajar de lo alto, diciendo: Llegad á mí los que padecisteis por mí; y los ojos parece que no ven, y la sangre se agolpa al corazón, y el sudor corre por sus sienas, y las manos están laceradas, y los piés destruidos, y las ropas raidas; y el fardo cada vez pesa más, hasta que por fin, y tras de medio siglo de incesante caminar, de rudos martirios, llega á la cúspide de la montaña con el corazón jóven y entero y el cuerpo tinto en sangre; y allí, la ruda carga desaparece, rodando por el despeñadero; la sangre y el sudor se convierten en flores; la luna está á su lado, y en aquel espejo de plata mira su imágen, y se parece á Santa Teresa de Jesús, á Santa Clara ó á Santo Domingo de Guzman, San Ignacio de Loyola ó San Juan de Dios; y á su otro lado está el sol, y en el centro una cruz, reverberando luces y colores entre cánticos no aprendidos, y sólo soñados, y una celestial figura, que sólo fué dable á Santiago ver sobre el Pilar de Zaragoza; y un hombre más hermoso que el Apolo de Belveder, más varonil que el Antinous de Fidias, más majestuoso que el Moisés de Miguel Angel, más bondadoso que el Divino Jardinero del Correggio, y más sublime y celestial que el Salvador de Rafael; y el caminante cae en los divinos brazos, y quiere llorar de placer y de alegría, y las lágrimas no existen ya en sus ojos; y quiere quejarse de felicidad, y su boca no sabe pronunciar un gemido; y acude al corazón, y allí no hay sino olas de paz y torren-

tes de bienandanza; y vuelve la vista y mira al fondo, y el valle parece una hoguera, toda oscura de humos, y no se oye en aquella Babel sino un ruido que se parece al silbar de una serpiente. ¿Qué ha pasado? ¡Oh suprema felicidad! La virtud por medio del mundo, ha llegado al seno de Dios.

¿Y qué somos nosotros los carlistas? Pues nosotros somos los monjes de la política; nosotros caminamos por áspero sendero; nosotros subimos pendiente y rudísima montaña; también llevamos medio siglo de caminar entre espinas, guijos y abrojos; también llevamos sobre las espaldas los sentidos y la vida; también escuchamos en la llanura los ruidos del placer, el alboroto de las pasiones y los halagos de la ambición; también en medio de delicias se alza el becerro de oro, que se ha fundido con el sudor y la sangre de nuestros ciudadanos, los ahorros de los contribuyentes y los pósitos, las grandezas de los monarcas y los próceres, y los cálices de nuestras iglesias, y los relicarios de nuestros mártires; y nosotros seguimos con ánimo sereno, pero todo cubiertos de harapos y de sangre, animados, y oyendo una voz que parece venirnos de Clavijo, gritando: «¡Santiago, cierra España!» Y ni nos amedrentan los ríos que cortan nuestro paso, que se parecen al Guadalete y al Orbigo, ni los mares de sangre que cubren las llanuras de Zalaca y Uelés, ni las peñas que interrumpen nuestro camino, y que ase-

me jan á Alarcos y Val de Junquera; nada, impertérritos seguimos, que todo camino tienè fin y toda montaña cúspide, y no hay victoria sin lucha, ni gloria sin sacrificio, y el camino y la montaña parecè que ya concluyen, y allí está el éxito, y ya vislumbramos la gloria, el sol que esclarecía en el mundo cuando hallaba en su carrera la bandera roja y amarilla, lo mismo en el Cabo de Hornos que en el de Magallanes, en el Archipiélago filipino que en las Antillas de América, en el Canal de Mozambique que en los de Holanda, en las islas Azores que en las Marquesas, en Túnez y en Milan, en Sicilia y el Rosellon, en Viena, en Bruselas, en el Haya, en Lisboa, en Nápoles, en Madrid y tantas capitales que son orgullo de muchos reyes, capitolios de muchas repúblicas y territorios de muchísimos Estados, con lenguas distintas, costumbres diferentes, colores opuestos, razas antagónicas, pero todos españoles y todos cristianos; todo un colosal mundo bajo una digna ley, una legítima corona y una salvadora y única fé.

¡Oh maravilloso libro de nuestra historia! ¡Y somos españoles, y la sabemos, y no la imitamos! ¡Qué torpeza más insigne y sin disculpa andar con gusto á tientas por entre sombras y ruinas, cuando no hay más que abrir los ojos y mirar cómo la fé católica constituye las naciones grandes, felices y hermanas, como con Recaredo y San Fernando, Isabel I y Felipe II!

Dispensadme esta digresion del entusiasmo, y

continúo. Me iba condoliendo con toda amargura de que la devastadora invasion presente invoque como salvoconducto para sus iniquidades lo que llaman ignorancia antigua y civilizacion moderna. Largo, tan largo como fácil me fuera hacer un parangon de las artes y el ingenio entre este nuestro siglo y aquel genuinamente español, el grandioso siglo de Felipe II, á quien San Pío V llamaba «Única columna y fundamento de la Religion;» pero temo molestaros con la enumeracion de nombres tan admirables y conocidos como los de San Ignacio y Santa Teresa, Salmeron y Melchor Cano, los Cobarrubias y los Sotos, Arias Montano y Luis Vives, Berruguete y Becerra, Mariana y Solís, Cervantes y Herrera, Velazquez y Murillo, D. Juan de Austria y el gran duque de Alba, y miles y miles de aquellos hombres que adelantaron las ciencias, sublimaron las artes y ensancharon las fronteras: hombres sin igual en estos tiempos de la sutileza y el sofisma, del cobre pasando por oro, y los guijarros del Rhin por purísimos brillantes; entonces todo era verdad, hoy todo se viste con los mentidos ropajes de seductora ficcion; por eso estos liberales son falsos liberales; y la civilizacion en su marcha, como es mentida, quiere arrollar al mundo antiguo para borrarle de la historia, y lleva por vanguardia turbas sin creencias, sin ideales, y alumbradas tan sólo por las teas con que incendiaron nuestros castillos y nuestros templos; turbas más

bárbaras que las de Alarico, quien, segun San Agustin, salvó la vida á muchos senadores y Sacerdotes cuando su salvaje entrada en Roma; y si llamamos bárbaros á los visigodos, ¿qué nombre pertenece á los asesinos de los frailes y á los incendiarios de la *Commune*? Ni siquiera imitamos á aquellos que en el cánón 10.º del II Concilio de Sevilla en 619, reinando el virtuoso Sisebuto, el apóstol real, el de las admirables cartas, no sólo ordenaron la conservacion de los monasterios que se construian, sino la de todos los antiguos; porque aquellos *bárbaros* godos destinaban las tercias de sus tributos para el sostenimiento de sus catedrales, monasterios ó iglesias, como así lo dispusieron el cánón 8.º del Concilio Tarracoenense de 516, el 2.º del de Braga de 572, el 16 del de Mérida de 666, y, para concluir, el Concilio XVI de Toledo convocado por Egica.

El mismo Teodorico, aquel poderoso soberano que primero nos hermanó con los suevos, aquel bárbaro que no sabia escribir, dispuso la conservacion de los grandes monumentos romanos en España.

Y de este modo, y con esta proteccion, en tiempo de los bárbaros se levantaron aquellos magníficos templos que nos describen con asombro San Juan de Viçlara y San Isidoro, Paulo é Idacio, San Eulogio, San Ildefonso, y que llegó á conocer Ambrosio de Morales, dándoles todos por maravillas y grandezas, con aquel arte nuevo cris-

tiano que entre múltiples naves y reducidos ajimeces daban á los templos aquella misteriosa sublimidad, como representacion ó recuerdo de la vida de las Catacumbas.

Y entonces se conservaban de los romanos las catedrales de Abdera, Eliberitana, la Egabrense, la de Elepla, la de Tucci, la de Emerita Augusta, la Lucense y la de César Augusta; y se destruyeron la de Cartagena, la de Orense, la de Barcelona, y no continuaré por no molestaros, y porque fuera inmensa la relacion si la pròseguiamos á través de los piadosos reinados de Sisenando, Wamba y Sisebuto; sólo permitidme recordar la catedral de Toledo, restaurada al culto y al arte por Recaredo al año de su reinado y antes de la conversion pública; acto que demuestra cuán del principio era católico, segun se comprueba por la dedicacion del templo, grabada en una columna coetánea del rey, y que para su gloria así lo declara y se conserva en la catedral de San Fernando.

Pero no sólo la invasion de los godos, que ni la misma de los árabes destruyó todos los templos, sino que, por el contrario, dejó muchos con libre culto á los cristianos, como el del Sepulcro en Valencia, fundado por Recaredo; la catedral de Cartagena, reparada por el vándalo Gunderico, y el de San Cecilio en Eliberi; y aún más, los árabes, al imponer aquella dura contribucion á los cristianos por la que les cobraban las cuatro quin-

tas partes de sus cosechas, y en virtud de tratados como el de Mérida, establecieron una capitación de la que libertaban á las mujeres, niños, mendigos y monjes. ¡Qué diferencia! Todos estos pueblos dominadores con razas distintas, religiones diferentes y sin trabas á su ambicion y á su mandato, atendian á la Iglesia católica con proteccion los primeros, y á los Sacerdotes con exclusiones los segundos; y hoy, alardeando de Estado y Gobiernos católicos, con palabras muy dulces y con leyes tan engañosas como las del Concilio de Sirmo y el de Leovigildo, hoy, en el nuevo Código civil, ni hay garantías ni excepciones para la Iglesia; se lanza con demostrada injusticia, pública arbitrariedad y protestante desprecio, una línea de nivel para todo el mundo, pretendiendo hacer pasar por tan baja puerta la grandiosa figura de nuestros Sacerdotes; de esos hombres consagrados por la Iglesia, ante cuya admirable y portentosa representacion se detuvo Atila; de esos hombres que nos recogen en la cuna para abrirnos con el bautismo antes los ojos á la fé y á la verdad que la naturaleza los descorra para la luz; á esos hombres á quienes encontramos por nueva vez en el altar para consagrar con el sacramento de su bendicion el lazo que nos une á nuestros amores, á la compañera que nos ha de seguir por el derrotero del mundo guardando nuestro honor, prodigándonos consuelo y tranquila felicidad; y en aquel terrible instante en

que la tierra parece que va faltando bajo nuestros piés, y en que la luz se apaga en nuestras pupilas y la sangre se aleja del corazón, y cayendo en el lecho del último dolor parece que rodamos hasta la puerta de la eternidad, esos mismos hombres recogen nuestro espíritu, y envuelto en los blancos cendales de la fé lo elevan á Dios por medio de aquellas mismas sus santas bendiciones.

¿Y estos hombres pueden ser iguales á nosotros? No, jamás.

Y sin embargo, las modernas leyes á ello tienden y así lo determinan.

Pero todas estas innovaciones no pueden subsistir, ni menos prevalecer: tristes y duros tiempos alcanzamos, que á nosotros toca sufrir el justo castigo de Dios por las iniquidades de todo un siglo; de ese siglo desdichado que casualmente celebran y conmemoran en estos momentos con los revolucionarios franceses los revolucionarios de todo el mundo. Pero el brazo del Juez y Vengador divino se desarma con la oracion, y nosotros rezamos en toda España. ¡Cuán oportunamente el recuerdo y las fiestas del centenario de la unidad católica ponen hoy el símbolo de Nicea en la boca de todos los verdaderos españoles. Animo, pues, y esperanza; Recaredo salvó á España del error arciano, y Recaredo restaurará nuestra abatida nacion por las oraciones y el esfuerzo de los carlistas; y la unidad de la fé nos tornará á aquellos benditos siglos, á aquellas su-

blimes grandezas de nuestra historia: volverán, si, volverán; y si quereis una prueba de este seguro y magnífico porvenir, mirad á Venecia, y allí vereis un nuevo Recaredo que aguarda, como aquél desde Narbona; mirad á los tronos de nuestras catedrales, y, en donde no hay un Leandro ó un Isidoro, se descubre á un Maussona; mirad al Vaticano, y parece que desde allí nos bendice un San Gregorio el Magno; mirad por la montañosa extension de nuestra pátria, y vereis que son muchos los que alardean de enemigos y herejes, como los congregados en el Concilio de Leovigildo, pero á los que arrastra, funde y convence el pueblo genuinamente español, esa admirable raza que aprendió la eterna verdad de nuestro venerando y amantísimo Apóstol que nos guarda desde Compostela; ese pueblo que ha regado con su sangre las arenas de los circos paganos con los brazos abiertos en cruz; que acudió á Covadonga y Urel con Pelayo y Garci-Jimenez; que llevó la cruz de los ángeles con Alfonso el Católico hasta el Duero, con Alfonso el Magno hasta el Mondego, con el VI al Tajo, con el VII al Guadiana, con San Fernando hasta el Guadalquivir, con D. Jaime hasta el Ebro y el Turia, con los Reyes Católicos hasta el Darro, y siendo ya poco limite para este pueblo la grandeza de los rios, lanzándose á los mares, rompieron con la fé y el heroismo la raya misteriosa de todos los antiguos limites del mundo, poniéndole de rodillas delante de una cruz

que remataba el glorioso estandarte de la patria. Pues bien, ese pueblo de los grandes martirios, de las grandes virtudes, de inagotable fé y de ilimitados sacrificios; ese pueblo que conserva á través de los siglos la primitiva sangre y el primitivo teson de Sagunto y de Numancia; ese pueblo que nos ha de regenerar y salvar, ese pueblo aún existe; esa pura raza española ha estado aún en este siglo con Churruca en Trafalgar, con Castaños en Bailén, con Zumalacárregui en Descarga y con Cárlos VII en Lácar y Somorrostro.

Y es ley de la historia que los pueblos y las razas, cumplida su mision, desaparecen; y así, el imperio romano, en cuanto abrió con su dominio la peregrinacion natural del Catolicismo, sin seguirle, fué arrollado por otros hombres, que castigaron su maldad, su depravacion y su empequeñecimiento; y á su vez, los godos, que habian olvidado las virtudes de algunos de sus reyes para dar en las monstruosidades de Witiza y en las liviandades de D. Rodrigo, se ahogaron en un sólo dia en las sangrientas aguas del Guadalete; y los africanos de Taric, en cuanto afirmaron en España, por toda la vida del mundo, la fé salvadora de Cristo, se durmieron entre perfumes y odaliscas en los aljamiados salones de la Alhambra para despertar, lejos de nuestra tierra, en los justicieros brazos de la derrota y la muerte.

Pues bien: la gran comunion tradicionalista, tantas veces engañada, pero jamás vencida, esta

nobilísima raza española para algo fué preservada y sostenida por Dios sobre el pintoresco, católico y amantísimo suelo de las Españas; nuestra misión subsiste, y la realizaremos para honra nuestra, servicio de la Iglesia y grandeza de la patria, permaneciendo fieles á nuestra bandera, agrupándonos en torno de nuestro augusto Jefe y alzando la vista á la tradicion, la conducta á la virtud, la política á la justicia, el deber á la lealtad, la iniciativa al heroismo, el pensamiento á la pátria, el corazon al rey, el alma á Dios y la esperanza á la triunfadora y sacratísima Virgen del Pilar.

HE DICHO.

Madrid 30 de Mayo de 1889.



XIII CENTENARIO
DE LA
UNIDAD CATÓLICA EN ESPAÑA

DISCURSO

del Excmo. Sr.

MARQUÉS DE CERRALBO

PRESIDENTE DE LA JUNTA CENTRAL

Y DEL

CÍRCULO TRADICIONALISTA DE MADRID

EN LA SOLEMNE VELADA

del 10 de Junio



MADRID
PINTO, IMPRESOR, BOLA, 8
—
1889



Señores:



QUI nos reunimos hoy en acto solemne como para terminar las grandes festividades que la incomparable comunión tradicionalista ha dedicado á conmemorar pública y entusiastamente la gloriosa conversión de Recaredo, el imperio de la unidad católica en España; acto veneradísimo que, como todas las sublimes grandezas de la patria, se debe á la iniciativa de los reyes, que así esclarecieron á la absoluta verdad las inteligencias, al divino amor los corazones y doblaron las rodillas ante la santa Cruz, el imperio romano por Constantino; los suevos, por Requiario y Teodemiro; los francos, por Clodoveo; los britanos, por Etelberto; los lombardos, por Agi-

lulfo; los sajones, por Sigeberto; los anglos, por Edwino, y ya antes de estos cuatro últimos los visigodos por San Hermenegildo y Recaredo; acto que nuestra envidiada historia ha escrito con el áureo nombre de su mayor grandeza; acto que origina los prodigios de valor, de constancia, de ingenio, de abnegacion, de virtud y de heroismo que constituyen el exclusivo y maravilloso carácter español, y fué la corona de triunfo con que España paseó su majestad, su grandeza, su cetro, sus leyes, sus armas, sus blasones y sus cruces por toda la vasta redondez del mundo.

Y escogemos el dia de hoy para cerrar este período de magnificas y consoladoras fiestas, porque es grande y solemne para todos la santa Patrona de este dia, nombre y ángel tutelar de nuestra amada señora, Doña Margarita de Borbon.

Lleven, pues, mis modestas palabras hasta la triste soledad de los Augustos desterrados este bullicioso y entusiasta saludo de todo un pueblo que les ama, que les sirve y les espera, saludando en sus egregias personas y en su cetro las grandes restauraciones que se inician en Cristo, y que solas pueden salvar á España.

Con toda oportunidad ha llegado el dia de hoy para cerrar estas festividades, porque celebradas con el recuerdo de un rey, es justo se asocie el nombre de la soberana; que estos actos admirables que fundaron las naciones sobre los santos é inquebrantables cimientos del Catolicismo, se origi-

naron por la gracia de Dios en el seno de cristianas familias; y como el ángel de éstas es la esposa y la madre, así el Divino inspirador tocó el corazón de las reinas para que, reverberando la gracia en el de los reyes, se extendiera como espléndido sol de Mediodía por la vasta extensión de las naciones; y así formada sólida y católicamente la familia, se constituyeron con facilidad las sociedades, porque las perfecciones han de ascender de la individualidad á la generalidad para que la pátria sea noble, justa, digna y fuerte, el bien estable y Dios impere en la ley y en la conducta.

De este modo encontrareis á todos esos grandes reyes que antes he citado, movidos á la conversión por la indiscutible verdad del Evangelio y el amor de sus esposas; y ya que cité los nombres de los monarcas que extendieron el bien inefable de la Religión católica á sus pueblos, es justo y oportuno se consigne que Clodoveo por Santa Clotilde, Etelberto por Berta, Agilulfo por Teodelinda, Edwino por la de Kent, San Hermenegildo por Ingunda y Recaredo por Bada, movieron sus régias voluntades á sus públicas y salvadores conversiones.

Es, pues, justo y natural que, siguiendo nosotros las órdenes y la voz de nuestro Augusto y amado Jefe, se unan á estas solemnes y continuas manifestaciones el recuerdo y el saludo á la Soberana, á aquella señora que es compañera vir-

tuosa del glorioso sucesor de Recaredo, la que ha seguido vuestras brillantes campañas con el corazón en vuestras banderas, las lágrimas en los ojos, las hilas en las manos, los bolsillos volcados por la caridad y las oraciones en los labios, mientras vosotros, conducidos por el nuevo Constantino, arrollábais en las montañas las nuevas huestes del nuevo Maxencio.

Ocasion es esta de dar terminantes y sentidas gracias á nuestros amigos, los que con sus grandes y espléndidas fiestas en toda España han demostrado que ni en sus corazones se entibia la fé católica con su carácter y manifestacion de única, ni en sus deberes el de la lealtad á la tradicion española, ni en sus esperanzas el triunfo y restauracion de nuestras grandezas y de nuestra historia.

Que sin unidad católica España no es España, y hasta parece que uno es extranjero en su propia tierra, en este suelo bendito de la Virgen María, de Santa Teresa de Jesús, de Maria de Aragon y de la contemporánea heroína de Castellfort.

Que hasta Teodoro Beza, el discípulo de Calvino, el gran hereje, escribía que «permitir la libertad de conciencia y dejar que cada uno se pierda á su libertad, es doctrina endiablada.»

Pero no es cosa de molestaros con nuevas citas y reflexiones sobre la necesidad imprescindible de la unidad católica, porque todos nuestros ilustradísimos periódicos en estos meses, y todos

los elocuentes y autorizados predicadores en nuestras últimas festividades en los templos, han explicado las maravillas de la unidad de la fé, y yo mismo he insistido, con mi habitual insignificancia y en vuestra representacion, en recordarlas y defenderlas.

Se han creado cientos de Juntas á la órden de nuestro Jefe, para que la conmemoracion sea tan general como nuestro sentimiento, y se dijo en las instrucciones que las reglamentaban que, concluidas las fiestas, cesarian las Juntas; pero estoy autorizado para declarar que éstas subsisten, porque aún no terminaron las obligaciones que contrajeron, y los propósitos que las crearon.

Y como una de aquéllas y de éstos es el colosal monumento que ha de ser gloria y representacion nuestra, permanente testigo de la fé española, término admirable de estas fiestas y el último jalón de nuestra historia, que arrancando desde la cruz de Recaredo, pasa por la de Alonso el Casto á las lorigas de los caballeros de Sancho III, á la de Sevilla de San Fernando, á la de Granada de Pulgar, á la de Fray Bartolomé de las Casas en Cumana, para volver á Toledo, á aquel histórico monte de San Servando, sobre el que ha de alzarse la pirámide bajo la égida de la misma Cruz y la santa bendicion de la Iglesia.

Allí, sobre aquellos peñones que vieron cruzar á nuestros grandes reyes, y erguirse nuestros he-

róicos caudillos, y venerar nuestros santos mártires, y tremolar nuestras banderas, y promulgarse nuestras leyes, y resonar nuestros tambores, y relucir nuestras mesnadas, y cantarse nuestras glorias, y llorar nuestras desventuras; allí, en el monte de San Servando, y junto á las ruinas de la visigótica basilica de Santa Maria de Alficen, allí hemos de levantar el sagrado y admirable monumento dedicado á la unidad católica por todos los que quieran contribuir á tan sublime homenaje.

De nadie mendigamos auxilio; pero aceptamos con los brazos abiertos, y la gratitud en los labios, y el recuerdo en el corazon á cuantos quieran rendir culto á esta salvadora unidad de la fé. Y vosotros, nuestros hermanos de Portugal, que si teneis otra gloriosa bandera que heroicamente la declarásteis independiente en Ourique, os arroñais con nosotros al pié de un mismo altar, en donde se alza esa cruz; que si los españoles la llevamos por todos los mares con Colon, Balboa, Magallanes, Elcano y Legazpi, vosotros la clavásteis con Juan I en los Azores y la Madera; con Nuño Tristán en el Cabo Verde; con Bartolomé Diaz en el de las Tormentas; con Santarem y Escobar en Guínea, y con Vasco de Gama en las poderosas y espléndidas Indias Orientales; y como si no fuese suficiente esta fraternidad del alma, vosotros vinisteis en nuestra ayada en 1112 á libertar á Astorga, y un siglo despues peleas-

teis heroicamente á nuestro lado en las Navas de Tolosa, en aquella memorable jornada del triunfo de la santa Cruz; y en el Salado vuestra sangre corrió mezclada con la nuestra, y vuestro Alfonso y el nuestro ciñeron sus cascos con los mismos laureles, y vuestra generosidad pronunció aquellas sublimes palabras renunciando al botín: «Nada queremos, que nosotros hemos venido tan sólo por gloria.» Y aquí teneis todavía gloria que conquistar, el mejor triunfo: la gloria cristiana.

Pues bien, hermanos portugueses, los que rendís culto permanente á la unidad católica, los que luchais por el triunfo de la tradicion, sin la cual aquélla no imperará, los que sois leales continuadores de esas antiguas grandezas, venid, que en el monte de San Servando os esperan para abrazaros los hijos de Recaredo; acordaos que á esos admirables Concilios toledanos asistian vuestros santos é ilustres metropolitanos de Braga con su sabiduría y autoridad, y aún parece que resuenan sus austeras voces en las severas naves de Santa Maria la Real, de Santa Leocadia y Santos Apóstoles Pedro y Pablo; aún me parece oír á vuestro Balconio en 447, á Ereuterio en 578, á Julian en 633, á Potanio en 650, á Leodagicio en 675, á Liuva en 683, á Félix en 694 con muchos más, y por fin, á Pontardo en el gran Concilio de Recaredo, que gloriosamente conmemoramos.

Y hablando de gratitud, ¿cómo no he de consignar aquí el público testimonio de la que dedi-

camos, por su valiosísima ayuda, á nuestros queridos hermanos de América? A aquellos países en donde han quedado nuestra fé en su alma, nuestra sangre en su corazon y nuestro idioma en su inteligencia; á aquellos ricos y colosales imperios que vivían cerrados por enormes y pavorosos desiertos de agua, ante los cuales el hombre parece que se asomaba á la eternidad, y en donde las velas se desasian de los mástiles, y el corazon cedia y la voluntad se anulaba; pero este pueblo de gigantes, no cabiendo en el mundo conocido, le desbordó el corazon de una mujer, la fé y el ánimo de Isabel la Católica, por las inmensidades del misterio y de las aguas; y fué con Colon al Nuevo Mundo, con Ponce de Leon á Puerto-Rico y la Florida, con Grijalva y Hernan-Cortés á Méjico, con Pizarro al Perú, con Orellana á toda la América meridional, con Almagro á Chile; y buscando un pedestal digno de España y un altar para la cruz de Recaredo y San Fernando, treparon á los Andes, y sobre aquella cumbre del mundo se rezó el Credo en las lenguas de nuestra pátria; ¡santa, sublime é incomparable oracion, que, resonando en aquellas volcánicas montañas, rodó el eco hasta la Plata y las Amazonas, para correr entre sus limpias aguas á todos los océanos, que, repercutiéndola en sus gigantes olas, la trajeron á todas las playas del universo como himno de triunfo y homenaje!

Sí, allí fuimos con la Cruz, y la Cruz nos hizo

hermanos; hoy volvemos á ella la vista, hoy la vamos á levantar en la imperial Toledo; por eso nos acudis con vuestra ayuda, porque os llamamos hermanos, porque os ofrecemos un punto de union á la sombra reparadora de la Cruz, que os explicaron nuestros santos misioneros.

Gracias, pues, por vuestra generosa y fraternal ayuda, nuestros queridos de Portugal y América, y sabed que nuestra gratitud es tan grande como la oportunidad de vuestra cooperacion y como el acto que se conmemora.

Nosotros somos incapaces de pronunciar palabras de elogio no sentido, ni de adulacion rastrea; nosotros os decimos lo que mueve nuestra alma; nosotros descendemos de razas sóbrias, enérgicas y justas, que borraron de sus monumentos aquellas frases de los serviles aduladores del imperio romano; y así, en las monedas de los reyes visigodos, todos aquellos *augustus, divus*, y tantos más, que llegaron hasta á llamar á Constancio rey eterno, no; en las nuestras se refleja nuestro carácter, y no se graban otros dictados que los de *justus, pius*, y por excepcion á Leovigildo, Egica y Recaredo se les llamó vencedores.

Nosotros no mendigamos auxilios, pero aceptamos todos los de buena voluntad; estamos seguros de que el monumento será grandioso; pero si no nos hubiere sido dable hacer sino pequeño monton de piedra, ¿seria menor su importancia y representacion? ¿No conmueve el ánimo con todas

las sublimidades una modesta imagen de la Virgen en pequeña ermita sobre la cresta de un monte, en donde el cielo, la tierra, el sol, las aves, el viento y aun la noche lucen toda su grandeza, y allí en torno un pueblo de rodillas, con las lágrimas de la fé en los ojos y la paz en el corazon?

¿No se han admirado todas las generaciones conocidas, y no describe con singular asombro el mismo Julio César, aquellos inexplicables monumentos megalíticos de Carnac y Lockmariaquer, tan rudos, pobres y sencillos?

¿Es más grandioso el sarcófago de Mausolo, ni más imponente el de Adriano, ni más sublime el de Lorenzo el Magnífico, que aquel túmulo de Gavr'inis, que el dolmen de Kerkado, que el menhir de la Maga ó el galgo de Mané-er-Hroeck?

¿No dirán más á los franceses, á los ojos del alma, las pocas y rudas piedras que Dumont Duville elevó en la costa de Vanikoro en recuerdo del espantoso naufragio de La Pérouse, que la misma torre Eiffel levantada en Paris y en medio del bullicio y los placeres?

¡Felices de nosotros, que no necesitamos acudir á estas explicaciones y recuerdos, que estamos seguros de levantar un grandioso monumento de piedra, enriquecido con las sublimidades de la idea cristiana, del recuerdo pátrio y del amor á la tradicion!

Si; no hay que temer ni que dudar; Dios ha de ayudarnos porque servimos á Dios, porque somos sus hijos sumisos, los que pueblan sus templos, los que seguimos á nuestros Prelados con absoluta lealtad y acatamiento; los que rezamos por la restauracion de nuestra antigua pátria y por la libertad y soberanía temporal del Pontífice y rey, por la cual sólo españoles como Jaime II se desposeen de Estados como el reino de Sicilia, que entrega generosamente al Vicario de Cristo, cuando por las armas ni Francia con Italia se lo arrancaron; españoles son los colores de la bandera del Papa, cedidos por Aragon; español era aquel gran Cardenal Albornoz, cuya española energía fué bastante á restablecer el Papado de los desastres de Avignon; y hasta Civitta-Vechia, el puerto del Papa, fué fundado por el emperador Trajano; y en la Puerta Pia á españoles, pero á españoles nuestros amigos, halló defendiendo al Santo mártir Pío IX el ejército del excomulgado Víctor Manuel.

Pues bien; los españoles, que tenemos los más altos deberes; y hasta históricos, que cumplir cerca del Papa, hoy que el telégrafo nos trae noticias que enrojecen de indignacion nuestros rostros y ahogan en amargura nuestros corazones, que sólo reanima la fé; hoy que sabemos cómo las turbas romanas han execrado la divina representacion del Papa ante la estatua del revolucionario y apóstata Giordano Bruno; hoy los españoles no

podemos permanecer en silencio, todos debemos ir al palacio del insigne Nuncio de Su Santidad en esta córte á presentar nuestro homenaje, á elevar nuestras voces de indignacion y de protesta, y desde este Círculo dirigir al Padre de todos los fieles la más entusiasta y terminante adhesion.

Sólo me resta consignar el agradecimiento íntimo y verdadero con que este importante Círculo ha recibido los magníficos regalos que constituyen los premios de este gran certámen, cuyos valiosísimos trabajos vais seguramente á escuchar y á aplaudir.

Se han terminado, pues, las espléndidas fiestas del centenario, y loado sea Dios que hemos llegado al término de nuestro camino con nombre glorioso, acendrada fé y brillante historia.

Sólo nos resta levantar la pirámide proyectada, el monumento á la unidad católica; duros, injustos y apasionados ataques se me dirigen por esta idea y este trabajo; pero si á muchos compadezco, á todos les perdono; vengan, pues, cuantos quieran ayudarnos; y si nos dejan solos, si nos entregan una vez más á la prueba de los sacrificios, tambien los haremos, y la pirámide de Toledo será nuestra representacion, la piedra miliaria de nuestra reconquista y nuestra vía triunfal; será el ex-voto de nuestra gran comunión ofrecido á Dios en esa catedral del universo que tiene por bóveda el cielo, por columnas las montañas de Covadonga, del Monserrat, del Moncayo y del

Gorbea; por suelo las llanuras de Astapa, las Navas y Bailén; por lámparas las hogueras de Sagunto y de Numancia; por órganos el Océano y el Mediterráneo; por cantores el Ebro, el Duero, el Túrria, el Tajo y el Guadalquivir; por puerta la cueva de San Juan de la Peña, y por salida el Estrecho de Gibraltar.

HE DICHO.

Madrid 10 de Junio de 1889.



